

Industria, Turismo y Cristóbal Delgado



A uno casi le da vergüenza tener razón a costa de una desgracia, pero lo cierto es que el último accidente en la Bahía de Algeciras, protagonizado por uno de los miles de barcos que allí fondean, era algo cantado, que se ha visto minimizado por las características del buque: un barco congelador que, por fortuna, solo llevaba gasóleo para su propio consumo.

Durante estos últimos días hemos leído una y mil bobadas sobre los hechos, hemos escuchado versiones y disculpas de todos, y la indefectible lavada de manos de cuantos en verdad tienen responsabilidad sobre la materia: que si la zona donde fondeaba era la correcta, aseguraba la Autoridad Portuaria. Que no se pudo hacer nada, dijeron desde Capitanía. Que pediremos responsabilidades incluso penales, aseguran los políticos tratando de sacar ventaja.

Sin embargo, los hechos de puro simples son pueriles, aunque, con tozuda insistencia, los ciudadanos siempre acabamos pagando los errores de quienes ostentan esas responsabilidades. El Sierra Nava, el congelador que embarrancó en la costa de Algeciras, comenzó su deriva por varios errores humanos: el primero y más grave, que su capitán no estuviese ojo avizor del temporal que llegaba, cosa, por otra parte, inaudita, dados los sofisticados sistemas que llevan estas naves; y si lo estuvo, que no cambiase o reforzase el fondeo. Habrán advertido que, en las fotos que nos han mostrado, la segunda ancla, la de babor, esa que debe usarse para un caso como este, sigue al día de hoy en su compartimento de estiva. El segundo error lo cometieron las autoridades de marina españolas, que tampoco estuvieron lo suficientemente alerta para recolocar al barco en un lugar más protegido; competencia que sólo ellos ostentan cuando los navíos entran en aguas españolas. El que fuese domingo contribuyó a la catástrofe, pues los servicios de guardia en todos estos estamentos públicos suelen ser de mínimos. No valen excusas. El capitán Marítimo de Algeciras es el responsable por no haber ordenado mover el buque, junto al capitán del barco, que es la autoridad que debe cuidar del mismo, haga el tiempo que haga.

Pero, a pesar de la tragedia, debemos congratularnos de que el accidentado no haya sido un petrolero, pues su vertido hubiera llegado hasta el Cabo de Gata, destruyendo a su paso Sotogrande, la Costa del Sol, la de Granada, y un largo etc.

Esta zona privilegiada de España no puede soportar más industria, pues los magníficos beneficios que aporta el turismo se pueden ver ensombrecidos por la proximidad de esa bomba de relojería medio ambiental en la que se ha convertido la Bahía de Algeciras. El que se estén ampliando los muelles para hidrocarburos, en unas aguas saturadas ya de ellos, sólo puede acarrear nuevos problemas y un dramático futuro para la zona.

Decía mi admirado y querido amigo Cristóbal Delgado,

cronista de Algeciras, por desgracia recientemente fallecido, a la conclusión de la presentación de uno de mis libros: "Yo creo que esta tarde aquí, en el Club Náutico de Algeciras, en la ribera de las "aguas azules y quietas" donde nacen las rutas infinitas, este libro habla de barcos y regatas, de singladuras de ensueño, de velas y vientos, y trae para nosotros la promesa de unas horas de sosiego y la esperanzada visión de un horizonte nuevo". Cómo me alegro de que Cristóbal no pueda dolerse ya de esta reciente tragedia medioambiental. Espero que, desde la posición principal que ocupará por allí arriba, nos ayude a detener tanto progreso asesino.

Y, mientras se lucha contra esta nueva catástrofe armados de palas y cestos impregnados del pastoso hidrocarburo, en el que es difícil saber si es ligero o pesado, todos matan igual, los alcaldes del Campo de Gibraltar se paseaban por Fitur, la feria del turismo, pavoneándose de las bondades de sus municipio. Unos ayuntamientos que tienen comprometido su futuro con las muchas hipotecas que ellos han constituido sobre la costa y las aguas de la región.